

MESSAGE IN A BOTTLE

Si usted, quienquiera que sea, está leyendo este mensaje, querrá decir que no soy la única, que alguien más ha sobrevivido a esta catástrofe. Me gustaría, además de contarle lo que me ha pasado, decirle también las coordenadas precisas del lugar en que me encuentro, pero me es imposible. Estoy completamente desorientada, no reconozco nada de lo que me rodea, ni sé lo que ha pasado, porque todo parece arrasado y muerto pero nunca oí una explosión. Sí veía cómo el cielo cambiaba de color y se volvía amarillento y agrio, pero jamás hubiera podido pensar que al salir de allí me iba a encontrar con este desierto, con este desastre, con esta agonía.

Bien, narraré aquí lo que me ha pasado con la esperanza de no ser la única.

Yo era una de las concursantes de la última edición de Gran Hermano. Ya casi nadie lo ve, pero en el siglo pasado era uno de los programas con más audiencia de la televisión. Hice el cásting junto a unos cientos de personas (en el siglo pasado eran miles) y me seleccionaron.

Durante el primer mes, el concurso discurrió más o menos por los cauces de la normalidad: había roces en la convivencia, sexo, peleas, nominaciones y expulsiones. El problema llegó cuando empezaron a suceder cosas extrañas.

Al principio eran cosas incómodas: empezó a escasear el agua caliente y nos vimos obligados a lavarnos con agua fría. Poco a poco la presión del agua empezó a ser mucho menor hasta que a los pocos días de los grifos no salía más que un leve hilo de agua cada vez más amarillo, después marrón. Finalmente dejamos de tener agua. Como todavía nos quedaban botellas de agua mineral comenzamos a racionarla hasta que

tuviéramos indicaciones del programa. Como tardaban en llegar las directrices del Gran Hermano nos vimos obligados a reducir el uso del agua única y exclusivamente para aplacar la sed.

Fui la primera en ir al confesionario a decirlo, pero no obtuve ninguna respuesta. Todos nosotros pensamos que se trataba de una prueba más (a medida que las ediciones iban teniendo menos audiencia las pruebas se endurecían cada vez más), pero empezó a extrañarnos el sospechoso silencio de todos: no había ninguna voz en el confesionario, durante dos semanas nadie co. Ni siquiera percibíamos los movimientos de las cámaras siguiendo nuestros movimientos tras los cristales.

Fue por esta época cuando el cielo empezó a volverse agrio, y el calor se volvió insoportable, las plantas del patio, los setos de la piscina y los animales que criábamos empezaron a morir uno a uno, en cuestión de días.

Fuimos al confesionario para decir que habían muerto. Para decir que aquello era insostenible, que alguien tenía que llevarse los cuerpos de aquellos animales, que el olor de la descomposición era terrible, nauseabundo, que muchos de nosotros empezábamos a encontrarnos mal.

Seguíamos sin obtener respuesta.

En la casa quedábamos solo cuatro personas después de las cuatro expulsiones anteriores. Éramos dos chicas: Carolina y yo; y dos chicos: Eddie y Álvaro.

Lo peor llegó la tarde en que encontré el cadáver de Álvaro en la cama.

A partir de ahí todo se convirtió en una terrible pesadilla. Corrí hacia el salón donde deberían estar los demás. Cuando llegué, Eddie estaba inmóvil bocabajo y Carolina respiraba agonizante, como peces en un río seco. No sabía qué es lo que estaba pasando. Me di cuenta de que Eddie también estaba muerto. Traté de reanimar a

Carolina, que tenía los ojos en blanco y apenas emitía un leve sonido lamentoso y agonizante de su garganta seca, como la mía, como la de todos.

Suponía que todo el país me estaba viendo. Grité a los micrófonos del Reality Show que si aquello era una broma era demasiado pesada. Corrí al confesionario, abrí la puerta, llamé desesperadamente a alguien que pudiera oírme, que pudiera darme alguna respuesta. No podía ser que el Gran Hermano no estuviera al otro lado. Salí del confesionario. Carolina seguía tumbada, ahora su respiración era más débil hasta que terminó por extinguirse.

Fue entonces cuando decidí salir de allí. Marcharme de la casa, del programa, de aquella pesadilla infame.

No podía abrir las puertas, sometidas a un sinfín de seguros electrónicos e informatizados, por eso finalmente logré escaparme saltando la valla del patio. Me extrañó el silencio, el desierto, las cenizas. Cuando los de producción me habían llevado a la casa un mes antes, alrededor de ella había urbanizaciones, parques, edificios, vida.

Ahora no había nada, sólo silencio y ceniza.

Caminé y caminé. Bajé la colina. No encontré a nada ni a nadie.

Bajé a un canal donde antes discurría agua sucia, y como estaba sedienta he decidido beber a pesar del color marrón y el sabor metálico del agua. Todo huele a quemado, a cadáveres.

No me queda mucho más papel, y lo que estoy usando para escribir se va a romper de un momento a otro.

Necesito saber qué ha pasado, aunque intuyo que éste ha sido el fin. Me falta el aire, me cuesta respirar, algo me dice que...